



Memoria de una amistad

ANTONIO ALCEDO TERNERO

Ex Director del Secretariado Diocesano de Catequesis
Cádiz

Un amigo común me llamó a primeros de marzo para darme la noticia del fallecimiento de Miguel Ángel. No me cogió de sorpresa, porque sabía la gravedad de su enfermedad. Aunque siempre estas noticias causan impresión y dolor. Sabía, porque él mismo me lo había dicho, de su actitud de profundo creyente ante su situación. Ejemplar y testimonial. Aceptó confiadamente lo que el Señor le pedía y se entregó al Padre Dios sabiendo que estaba en buenas manos. Este recuerdo suyo nos queda para siempre.

Conocí a Miguel Ángel en uno de nuestros encuentros anuales de los Directores de Catequesis que celebrábamos en Madrid. Debió ser a finales de los setenta. Eran encuentros de estudio, de reflexión, de aprendizaje recíproco, de compartir intereses comunes. Y en este intercambio surgió la sintonía: nos entendíamos bien. A esto se unió el establecimiento de unos encuentros de los Secretariados de Catequesis del Sur, en los que participábamos los dos. Felices encuentros en Granada, en Córdoba y, sobre todo, en Antequera. Muchos y bellos proyectos catequéticos nacieron y se fraguaron en esos encuentros. En muchas de estas reuniones participaba también algún obispo: recuerdo a D. Miguel Peinado, obispo de Jaén y a Don Rafael Bellido, obispo de Jerez. Era la Iglesia del Sur buscando caminos de evangelización y de educación en la fe.

En el nivel nacional también tuvimos oportunidad de encontrarnos. En esos años -recuerdo que era D. Elías Yanes el Presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis- nació el Consejo Asesor de Catequesis al servi-

cio de la Comisión Episcopal. Miguel Ángel participaba en representación de Murcia y yo tomaba parte como delegado de las diócesis de Andalucía. Estas reuniones se iban celebrando en las diversas zonas del País, lo que nos permitía acercarnos a la realidad catequética de cada una de ellas. Así estuvimos en Cataluña (Poblet), en Galicia (Santiago), en La Rioja, en Andalucía (Cádiz), en Castilla-León (Ávila)... Después, la crisis económica nos obligó a vernos siempre en Madrid. Reuniones intensas, con los temas de actualidad de la catequesis siempre sobre la mesa: los catecismos, el Directorio de Catequesis, el Catecismo Universal, los Encuentros anuales de Directores... Utilizando el lenguaje de hoy, puedo atestiguar que la vida de ese Consejo Asesor era realmente una experiencia sinodal. Y en marcar ese estilo tuvo mucho que ver la influencia de Miguel Ángel.

Luego, a mediados de los ochenta, Miguel Ángel fue nombrado Director del Secretariado Nacional de Catequesis. Yo lo interpreté como un reconocimiento de los Obispos de la Comisión a su espíritu de servicio, a su capacidad y preparación, a su buen hacer. Recuerdo que en esos años él quiso asociarme a muchos de sus trabajos y compromisos. Ello nos llevó a encontrarnos con mucha más frecuencia. Era la etapa en que se estaban elaborando los Catecismos para la iniciación cristiana infantil y, sobre todo, en que se preparaba el Catecismo de la Iglesia Católica. Él quiso incorporarme al equipo que recibía y ofrecía correcciones a los textos que se iban redactando. Considero un privilegio haber podido aportar mi contribución a un trabajo de tanta trascendencia. Me invitó también a colaborar en la preparación y posterior participación en el Congreso del Equipo Europeo de Catequesis, que tuvo lugar en Madrid en Junio de 1990. En este contacto más frecuente con Miguel Ángel, pude ir descubriendo mejor su calidad humana, espiritual y apostólica, su continua referencia a “el Señor”, como horizonte de su vida, su conciencia de “catequista”, llamado a ser mediador de la Palabra entre Dios y la Iglesia, y los catequizandos, con especial atención al mundo infantil que él conocía tan bien. Como testigo cercano a su trayectoria, puedo afirmar que el movimiento catequético español, en la amplia etapa en que Miguel Ángel estuvo comprometido con él, recibió mucho de su buen hacer, y tiene que dar gracias a Dios por haberle encaminado hacia esta tarea de dirigir y animar la catequesis en España.

Estoy convencido de que, al haber pasado ya bastantes años de esa rica experiencia que compartimos, me dejó en el olvido muchas otras cosas que podría decir de él. Basten las que he expuesto como sencilla aportación a su recuerdo y a su testimonio.

La última vez que le vi fue aquí en Cádiz. Él había venido para dar unas clases en un Encuentro de sacerdotes de las Diócesis del Sur que tuvieron lugar

durante varios veranos aquí en Cádiz. En un bello atardecer, le invité a visitar el puerto, en el que lucían atracados más de una veintena de grandes veleros que participaban en una Gran Regata que iba recorriendo varios puertos de Europa y América. Entre jarcias, gallardetes, banderas y velas recogidas, pasamos un rato de grato recuerdo ante una cerveza fresca y unos “pescaitos” típicos de esta tierra. Después, ya él enfermo, pude recuperar su dirección y teléfono y pudimos cruzar un par de whatsapp. Estas últimas Navidades le escribí y ya no pudo contestarme. Me quedo con el recuerdo vivo de un gran sacerdote, de un gran catequeta y de un gran amigo.